

continente para encerrar tan gran civilización, y á fin de ensancharlos ó borrarlos los suscítase, abren caminos á distantes, inmensos é ignorados países; descubren otro mundo en que difundirla y la acreditan á la vez, poniendo la base de toda ciencia ulterior en el concepto del planeta que habitamos, magnificado y completo por el arrojó é inteligencia de nuestros gloriosos navegantes. Estos, al descubrir la América, nos dan asimismo idea experimental de las sociedades primitivas; y al visitar el Asia, nos ponen en contacto con las antiquísimas civilizaciones y sociedades del extremo Oriente, preparando la mente humana para que, así como ha agrandado en el espacio el mundo conocido, haga retroceder el término de lo no explorado en el tiempo. Nuestros misioneros, además, son los primeros importadores de idiomas, poesía y saber de los pueblos asiáticos y americanos, y, sobre todo, los chinos, japoneses y arios de la India oriental, por donde ensanchan el horizonte de los conocimientos europeos, siembran la semilla de no pocas ciencias nuevas, como la etnografía y la lingüística, y enriquecen con exóticos elementos nuestra imaginación y nuestras artes.

La parte de España en empresa tan noble casi es superior á la de Grecia y á la de Italia, si sólo se atiende al primer impulso; pero el predominio de España es efímero. Su poder y su virtud pasan

á otros pueblos. Lo que España empieza, Francia, Inglaterra y Alemania lo prosiguen y lo llevan hasta el punto que alcanza hoy. Ellas realizan la ciencia experimental que nosotros inauguramos; del conocimiento de este planeta pasan ellas al más completo conocimiento del sistema solar y el universo todo; y ellas esclarecen y divulgan, con método, precisión y copia de datos, el habla, las artes, la religión y la filosofía de los iranos, brahmanes y demás pueblos del Asia que nosotros visitamos antes. El imperio material pasa á sus manos también. La raza inglesa prevalece en América sobre la española, y se enseñorea de la India. Por el centro del Asia se abren paso y llevan la civilización los rusos.

Nuestra primacía fué corta. En todo nos sucedieron, de casi todo nos despojaron los pueblos del Norte.

Si fuésemos á investigar aquí las causas de esta rápida decadencia, el Sr. Menéndez y yo estaríamos muy discordes. Para mí, la causa fué el fanatismo unánime (la unidad de fanatismo) que en hora mala se apoderó de nosotros. Los otros pueblos no eran quizás menos fanáticos; pero como el fanatismo tomó entre ellos diversas y opuestas direcciones, los hombres de distintas sectas se combatieron unos á otros, y, no pudiendo destruirse, se allanaron á vivir en paz: primero á tolerarse, y

después á tener la libertad, fuente y condición de todo progreso. En España, en los siglos XVI y XVII, merced á lo casi unánime de las creencias, no hubo guerras civiles religiosas, ni tanta sangre derramada; pero hubo una compresión larga y continua, que acabó por marchitarlo y matarlo todo. Si personificásemos á las naciones, yo me fingiría á Francia y Alemania, en medio de sus furores religiosos, como á tres matronas que caen enfermas con fiebre agudísima, acompañada de violento delirio y de todo linaje de perversas erupciones, pero que al fin sanan, convalecen, desechan el mal humor, y se ponen más robustas que nunca; y á España me la representaría como á otra matrona que no tiene más que una calenturilla lenta y suave (no puede hacerse más benigna apología del régimen inquisitorial), pero esta calenturilla persiste tan tenaz y tan sin tregua, que estraga la salud de la matrona, y la enflaquece y desmedra, hasta que acaba por parecer un esqueleto. Así España al terminar la vida y el reinado de Carlos II. Verdad es que florecieron, en medio de aquel fanatismo, las letras y las artes; pero á la manera del tronco de un árbol, si se cubre de enredaderas, hiedra y otras plantas parásitas, parece más verde, lozano y vistoso, hasta que, oprimido por aquello mismo que tanto le adorna, se seca y se consume.

En aquella virtud que nos animaba y engrande-

cía iba el germen corruptor que había de perdernos. El Sr. Menéndez Pelayo, con todo su ingenio y erudición, no nos demostrará que, en medio del resplandor de nuestras artes y amena literatura, no acabásemos por ser inertes para toda alta cooperación científica, y ciegos y sordos para ver y oír el movimiento de las ideas y el extraordinario progreso de aquellos siglos.

Si de esto se tratara, nuestros discursos serían una controversia. El mío sería, ó procuraría ser, la más completa refutación del de nuestro joven compañero.

Por fortuna, el Sr. Menéndez ha elegido asunto dentro del cual estamos en perfecto acuerdo. No me toca más que ampliar y comentar ligeramente lo que él dice, corroborando sus afirmaciones.

En medio de aquella tiranía mental de los siglos XVI y XVII, cuando la razón de Estado y el fanatismo unánime, fiero sufragio universal, se aunaron para obligar á todos los españoles, á las vencidas minorías, á que creyesen, pensasen y sintiesen lo mismo, haciendo embusteros ó hipócritas, ó matando toda iniciativa de pensamiento, algo que está por cima de toda ley se eximió de la tiranía, y allí fué el hombre plenamente libre y dueño de sí: *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. En la práctica, este templo, este asilo donde custodiaba el hombre lo que ahora llamaríamos sus de-

rechos individuales é ilegales, era la honra. El Rey era señor de vidas y haciendas. Podía matar y podía confiscar. En lo temporal la Majestad humana era omnipotente, como en lo eterno la Majestad divina; pero la honra se sustraía á su pleno poder. Como dice el poeta español, espejo de su siglo, el poeta español por excelencia entonces, la honra

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

De la misma suerte, en lo especulativo, en la esfera del pensamiento, por cima del discurso, del raciocinio y de otras facultades, hay una potencia sublime, intuitiva, la inteligencia simple, que, movida por el entusiasmo y alzándose en alas del amor, busca en el alma misma, donde hay campos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana. Allí, en el centro del alma, adecuado y único trono de esa elevadísima potencia suya, asiste Dios, y allí el alma le halla, y, por inefable misterio, se transforma en Dios, sin dejar de ser el alma individual humana. Los espíritus libres de los españoles de aquella edad, huyendo de la compresión, tal vez sin darse cuenta, buscaban este refugio. Tal vez la misma compresión en que gemían les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, como la bala

que, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale más rectamente disparada, y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y la empuja. Por esto, la primera calidad que distingue al misticismo español es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Vuela y ahonda más, y se extravía menos. Se diría que toda la serena claridad del espíritu se guarda para él. Como hábiles acróbatas que fuesen por cuerda sutil, extendida sobre precipicios espantosos, así van nuestros místicos, llenos de confianza y denuedo, á buscar á Dios, á unirse con él, á poseerle y á ponerle en todo lo creado, sin caer en el panteísmo *egoteista* ó subjetivo, y sin quitar á Dios la personalidad, endiosando la Naturaleza. La realidad del universo, la responsabilidad de nuestros actos, nuestro ser individual, nuestro libre albedrío, todo queda á salvo, hasta en los momentos de más íntima unión del Criador y de la criatura. Nuestros grandes místicos jamás tienen el egoísmo negativo é inerte de los de otros países, en quienes el alma se aniquila, se pierde en la infinita esencia, y, absorbida en el Ser, en el Ser se reposa y aquieta como en la Nada. En nuestros grandes místicos, sólo en un instante inapreciable puede haber aparente aniquilamiento, completa efusión de lo finito en lo infinito. El metal en la fragua parece fuego, y no metal; pero sale de allí mejor templado y con

propiedades de instrumento idóneo para mil operaciones útiles. Así también el alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil é idónea para la vida activa. Y no se enfría como la herramienta cuando sale de la fragua, sino que guarda en sí aquel fuego de amor divino, y en todo le pone. Dios no la abandona. El alma sigue llena toda de Dios, después que una vez le ha poseído, y le lleva y le siente en su centro, y le siente además en todos los seres, así semejantes suyos como no semejantes, animados é inanimados. Y este fuego, que saca el alma y que no pierde, es fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, que vence en violencia y en útil actividad á todo otro amor de fundamento profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios, y que Dios está en todo, y lo respeta y lo ama todo, y aun en cierta manera lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni inmundo. El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza, prestándoles aquella expresión que Murillo y Zurbarán sabían dar á sus frailes más rotos, sucios y demacrados.

En lo práctico de la vida se refleja este misticismo generoso, y produce maravillosas obras. Así nuestros misioneros y fundadores, entre los que descuellan Juan de Dios, Antonio de Padua, José de Calasanz, Iñigo de Loyola y Francisco Javier,

apostol de Oriente. Estos hombres, que la Iglesia pone en el número de los santos, y la más descreída filosofía no puede menos de contar entre los más ilustres bienhechores del humano linaje, no van sólo á difundir por el mundo la fe cristiana y á enseñar la religión á las gentes, sino á enseñarles también todas las artes, toda la superior civilización de los pueblos de Europa. Y en tan gigantesco propósito, que tanto ha influido en el progreso de la humanidad, divulgando nuestro saber entre los pueblos bárbaros y salvajes, y trayendo de ellos á Europa cumplida noticia de sus lenguas, ideas, costumbres, usos y leyes, nadie se ha señalado más que la Compañía de Jesús, creación del genio español, y una de sus mayores glorias. Los que yo juzgo extravió de la Compañía, su guerra declarada al espíritu del siglo, y su lastimosa alianza con los hombres del régimen absoluto, que tan tiránico y feroz fué contra ella en el siglo pasado, no han de impedirnos que en su empezar la ensalcemos. Para ponderar sus pacíficas y civilizadoras conquistas, que, aun en vida de su fundador, llegan á los últimos términos de la tierra, no hay en la historia real encarecimiento que satisfaga, y tenemos que apelar, á fin de hallarle, á la fábula vetustísima de la expedición triunfante y benéfica de Osiris.

Fundamento de todo ello fué el misticismo es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

pañol, tan penetrante y tan hondo, y del cual sale el alma muy inflamada de caridad, y muy apta y alerta para las luchas de la vida. Y no se entienda que, sólo al llegar el alma á la perfección que anhela, pasa de la contemplación á la actividad y es útil al prójimo. Antes al contrario, durante toda su peregrinación, la actividad exterior es necesaria, y en esto se distingue la mística ortodoxa de otros misticismos que requieren ó recomiendan la inercia. Es cierto que entre la vida activa y la contemplativa, Cristo prefirió la contemplativa, diciendo que *María escogió la mejor parte*; pero al decir *la mejor parte*, dió á entender que la vida consta de pensamiento y de acción, y así la vida mixta, que abraza lo más perfecto que hay en la acción y en la contemplación, es la que nuestros autores ponen por cima de las otras, sosteniendo que la contemplación no llegará nunca á ser perfecta si el amor de Dios que en ella se emplea y ejercita no se difunde también en utilidad de nuestros semejantes. De aquí que, para distinguir la contemplación de buen espíritu de la falsa ó de espíritu malo, haya una regla general infalible, dada por el divino Maestro: *Por los frutos se conocen los árboles donde nacen*. La piedra de toque, pues, que sirve de contraste y aquilata la bondad de la vida contemplativa, está en las obras. Y no ya en la mera contemplación, pero ni en los grados más altos de este

ascenso del alma hacia el Ser divino, la actividad y las obras se perdonan; antes, mientras más señalados son los dones del cielo, hasta cuando se descorre el velo de la fe y viene á haber como un rompimiento de los muros de esta cárcel en que vivimos, y el alma ve cara á cara al bien infinito y se une á él con abrazo indisoluble, no es para que se aquiete y descanse en tanto regalo, sino para que tome fuerzas y prodigue en bien del prójimo todas las virtudes, sin lo cual el alma, á pesar de los favores recibidos, quedaría desmembrada y con corto merecimiento, y por lo mismo que ya ha recibido favores, sería, con justicia, tildada de ingrata.

Por otra parte, la contemplación, la visión intelectual infusa, el punto más sublime á que puede llegar el alma durante nuestra vida mortal por esta senda mística, no puede durar más que un pequeño momento, como si de repente se abriera la secretísima puerta del abismo del alma y su luz la inundase é iluminase, y viese ella las cosas todas con tal claridad como si en la propia esencia divina las viera. Y esta visión, aunque pasa, queda esculpida en la memoria y deja tan ilustrada al alma, y con tales deseos de merecer nuevos favores, que la guía y la induce á hacer obras, para merecerlos de nuevo y agradecer los ya recibidos.

Otra excelencia avalora también nuestro misti-

cismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar á Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma á observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen: por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo*, con todos sus afectos, facultades y propensiones.

El misticismo, sin embargo, tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores, porque fué mayor que en otros países, viniendo á degenerar y á corromperse pronto, como toda nuestra cultura. Los medios de llegar por él á la perfección son la voluntad y la inteligencia; pero la inteligencia no va lentamente analizando, deduciendo y racionando, sino que, arrebatada por el amor, se remonta á la intuición de un vuelo, y alcanza, ó cree alcanzar, la verdad en el éxtasis y en el raptó. De aquí que cualquiera persona, por simple é ignorante que fuere, podrá aspirar á la unión con Dios, guiada sólo por el afecto fervoroso.

De aquí el abandono de la observación paciente de los fenómenos, la inacción del natural discurso en la tarea de averiguar las causas, la calificación del pensar de *funesta manía*, y el abuso y la perversión de aquella sentencia, tan hermosa si se interpreta y se aplica bien, de que los que no son

simples por naturaleza, deben serlo por gracia.

Otros grandes escollos del misticismo hicieron zozobrar también la nave del ingenio español.

El alma que busca á Dios en su centro debe apartarse y aislarse de los sentidos, borrar las impresiones que por ellos recibe, desnudar la memoria, y hasta despojar de imágenes la interior fantasmía, para que la inteligencia pura, en toda su admirable simplicidad, vea á Dios y como que se compenetre y confunda con Él. Larga y fatigosa es la vía que tiene que hacer el alma para llegar á este término, si término puede llamarse lo que en realidad no le tiene. Para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteísmo, no es posible que el alma se transmute en la divina Naturaleza, aunque participe de ella, por donde á los que tan alto grado suben los llaman deiformes ó transformados en Dios. Y en esto, por la intensidad, por la duración, y por la mayor ó menor plenitud de la gracia, de la caridad y demás dones con que la participación se hace, hay grados y excelencias hasta lo infinito, que los místicos, en su sutilísima y profunda ciencia, declaran y clasifican como pueden. De todos modos, aun para llegar al más ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndonos de las expresiones figuradas de que los místicos se valen, á besar, como la Magdalena, los pies de su Redentor divino, el alma tiene que ha-

cer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla, y, aun antes de extraviarla, causarle una enfermedad ó dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la tierra y el cielo; desdeña ya las cosas terrenales, que le dan fastidio, y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en ella el alma puede fijarse en algún ser creado, y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. Tal vez así se explique el amor refinado y metafísico por la mujer, la idolatría del caballero por su dama y la del poeta por la beldad que inspira sus cantares; lo cual, aunque nos hechice y aunque lisonjee á las mujeres, no es sino aberración y herejía del misticismo legítimo y ortodoxo. Es más; como entre los pueblos antiguos, aunque en todos hubo misticismo, apenas se halla rastro de este amor idólatra á las mujeres, ni tampoco se halla en los primeros siglos de la era cristiana, yo me inclino á pensar que en la creación de este misticismo galante entró por mucho la veneración supersticiosa de celtas y de germanos hacia las mujeres, influida y hermoseedada luego por doctrinas católicas. Tal vez el elemento céltico tenga más parte que el germánico en la creación de esta bella y singular herejía, donde la mujer amada es como

diosa para el caballero ó poeta que la sirve, á quien se encomienda de todo corazón, por quien hace penitencia, á quien debe, ó cree deber, la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las altas inspiraciones de su ingenio; á quien consagra su vida y rinde culto; por quien tiene devoción y verdadera religión, y de quien dice, no por encarecimiento poético, sino con todas veras y con toda la transcendencia de la frase, lo que Calixto de Melibea cuando le pregunta Sempronio si es cristiano: — «Yo melíbico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, y á Melibea amo.» — Esta mística adoración de la mujer tiene por un lado extraordinarias bellezas, no sólo poéticas, sino morales. Ella inspiró, sin duda,

Al dulce vate de Caliope labio,
El que al amor desnudo en Grecia y Roma,
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus;

pero, por otra parte, no está bien que de la exaltación apasionada por un ser finito y perecedero se haga fundamento de toda hazaña y de toda obra buena. Así la mujer amada viene á ser como símbolo, alegoría ó personificación visible de la misma Divinidad ó de algunos de sus atributos. La mujer amada es la fuente de la gracia, la dispensadora de la bienaventuranza, la creadora de toda

virtud. "Sus ojos, dice Dante de Beatriz, llueven llamitas de fuego, animadas de un espíritu tan gentil, que crea todo buen pensamiento." Naturalmente, de esta elevación de la pasión humana amorosa, hasta una potencia y un valor divinos, nacen mil ricas ideas; pero también suelen nacer otras altamente perturbadoras é inmorales. La relación entre dos que de tal suerte se aman está por cima, ora lo disimulen unos, ora otros lo dejen entrever, ora otros lo declaren con franqueza, de todo lazo social y religioso. Se diría que un sacramento más alto invalida ó anula el vínculo que la ley civil ha formado y que la religión positiva ha santificado. El amor místico á la mujer no respeta nada. Los prototipos de este amor en la Edad Media, celebrados por todos los trovadores y cantados en todas las lenguas de Europa, fueron Lanzarote y Ginebra, y Tristan é Iseo, llegando, en la última historia amorosa, á ponerse el cielo en contra del marido agraviado y en favor de los malogrados amantes, sobre cuyos unidos sepulcros nace un maravilloso rosal, siempre cubierto de blancas rosas. Y no se diga que en la mayor parte de los casos este amor es tan sin malicia y tan [del espíritu, que no ofende ni mancha. Ciertamente el conde Baltasar Castiglione, en su *Cortesano*, describe este amor con suma elocuencia y filosofía, llamándole amor virtuoso, para distinguirlo del amor vicioso; pero,

en gracia de la misma virtud del amor, da anchuras á sus límites, en mi sentir extremadas, llegando á consentir cosas al virtuoso que al vicioso en manera alguna concede, pues afirma que la dama, "por contentar á su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiar, riendo y burlando, y tratar con el seso cosas substanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga, más aun puede llegar, sin caer en culpa, por este camino de la razón, hasta besalle." Y, para cohonestar tan grato y amplio permiso, trae una singular teoría del beso, suponiéndole de todo punto espiritual en los que andan divinamente enamorados. El razonamiento de Castiglione no me convence, á pesar de aquel testimonio de Platón con que le ilustra y trata de probar que el beso es unión de almas, ya que á Platón se le vino la suya á los dientes una vez que besó á su amiga; pero, aun cuando el razonamiento me convenciera, todavía la adoración galante y sacrilega entre dos seres humanos, aunque tenga más brillante poesía, no la tendrá tan sólida y sana como el afecto natural de la esposa á su esposo, el santo cariño del hombre á la madre de sus hijos, y el respeto que inspira la honrada y virtuosa matrona. Por otra parte, esta idolatría alambicada de la mujer casi siempre se opone á la conveniente y

recta estimación que es justo que de ella se tenga. Donde el misticismo la endiosa en sus fugaces arrobos, las almas, que no todas suelen arrobarse, ó que no están arrobadas de continuo, la menosprecian y denigran. No hay el justo término medio, ni el puesto digno que debe ocupar la noble compañera de nuestra vida, quien no es divinidad, pero no es vil esclava; quien no es *breve cielo*, pero tampoco es *lodo inmundo*. Cornelia, Octavia y Porcia jamás fueron amadas místicamente por sus maridos. El Cid y García del Castañar tampoco aman místicamente á sus mujeres. Por eso son ellas más respetables y simpáticas que la mayor parte de las damas de Calderón, en las que se advierte que el amor que inspiran, cuando no es feroz y salvaje, como en *No hay cosa como callar*, es tan pasado por alambique, que se evapora la verdadera pasión, y sólo quedan en el fondo de la retorta ergotismo escolástico, discreteos y sutilezas.

Otras varias corrupciones ha habido también en el misticismo de España. Tal místico no ha sabido libertarse de la baja sensualidad, y la ha puesto en sus altos amores; tal otro, á fin de tener libre el alma de esta sensualidad, la ha satisfecho como quien se aligera de un peso incómodo para su peregrinación en busca del bien infinito; y tal otro, en vez de amarlo todo por amor de Dios, lo ha aborrecido todo: de donde el menosprecio de

cuanto hace grata la vida, apacible y amena la sociedad, y más hermosa, ó si se quiere menos fea, nuestra forma temporal en este globo que habitamos. Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rusticidad y el más asqueroso desaseo han sido á menudo prendas de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caído ó ha vivido siempre en pobreza con relación á la material prosperidad de otras naciones.

En el amor de Dios no hay el exclusivismo de donde nace la rivalidad. El místico ama á Dios mientras más señales ve en las criaturas de que por Dios son amadas. Lejos de tener celos, lo que desea es que todas las criaturas le amen y le adoren y alcancen su gracia; pero á veces, de estas finezas del amor á objeto tan soberano proviene en los místicos, y singularmente en los españoles, una pasión deplorable: los celos, en nombre de Dios y por Dios, de toda infidelidad que sus adoradores puedan hacerle; el afán de vengar esta ofensa y de castigar este adulterio que el alma humana extrañada é infiel hace á su Esposo y Redentor divino. De esta suerte, y por espantosa contradicción, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia, y aun llegar á prenderse fuego en las hogueras, en que, renovan-

10495

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

do el culto de Moloch, hemos quemado vivos á nuestros hermanos.

Por esta levadura de corrupción vino en España á degenerar, en la práctica, el misticismo, hasta parar, á fines del siglo pasado, en el lascivo desenfreno de la beata Dolores, y en el siglo presente en los ridículos y falsos milagros de alguna monja vulgar y trapacera.

El influjo del misticismo en nuestra poesía ha sido grande, si bien no ha dado el misticismo exclusivo asunto á otro género que no sea el lírico. El Sr. Menéndez ha deslindado la diferencia que hay entre la poesía devota, religiosa y ascética, que es abundante en nuestro país, y la puramente mística, que es poca.

Esta ha florecido, en los siglos medios, entre los judíos de España, sin librarse casi nunca de la nota de panteísmo, pero elevándose á la mayor sublimidad, como en Ibn Gebirol, por ejemplo.

Extraño es que entre los mahometanos españoles no se hayan encontrado aún ni rasgos de misticismo en verso, siendo, como son, tan místicos Ibn Tofail y algunos otros filósofos y prosistas.

En cuanto á nuestra poesía mística cristiana, ya el Sr. Menéndez ha hecho de ella interesante historia en su bello discurso. ¿Qué podré yo añadir?

Casi todos nuestros poetas, y muy especialmente en los siglos XVI y XVII, edad de oro de nuestra li-

teratura, han escrito rimas sacras, romances á lo divino, canciones, glosas, letrillas, villancicos y otras clases de versos devotos. Los cancioneros y romanceros espirituales contienen preciosas joyas; pero en ellas no hay, por lo general, misticismo. Sin embargo, el influjo del misticismo se revela allí con frecuencia en cierta santa familiaridad y en cierta intimidad entrañable con las cosas divinas, como de personas que las aman, que de continuo las tratan y que las llevan muy arraigadas en el corazón. De aquí que á veces, no en los versos pulidos y artificiosos, no en los escritos por el estilo más elevado, sino en las letrillas más villanescas y en los romancillos pastoriles, entre el candor y la sencillez de la frase, y á través de la rústica y casi infantil naturalidad de imágenes y pensamientos, se note dulce sabor como de bienaventuranza, crea respirar el alma y hasta inundarse en ambiente del cielo, y columbre súbitas iluminaciones de algo á modo de ciencia infusa, con arranques maravillosos que la transportan á lo más encumbrado del pensar y á lo más hondo del sentir. Tales efectos no pueden menos de producirse hasta en la mente de sujetos descreídos, si estos sujetos entienden y saben penetrar la poesía, al leer el romancillo de Lope, que empieza:

Estábase el alma
Al pie de la sierra